

COMO SE HIZO LA ALIANZA LIBERAL CONSERVADORA DE 1858 (1)

Afianzado Montt en la Presidencia y desbaratada por completo la revolución, se creó una situación tranquila, en que entraban como elementos para sostenerla, el desaliento del partido, la ausencia de muchos de sus hombres, el cansancio natural y el régimen arbitrario a que estaba sometida la República, mediante las facultades extraordinarias de que el Congreso había investido al Presidente. Pero sea dicha también la verdad. Si este régimen daba fuerzas al Gobierno y contribuía a intimidar a las gentes, también mantenía viva la animadversión contra él, la desconfianza y el recelo. No se combatía, no se luchaba; pero no se transigía tampoco, no se amainaba y nadie se aproximaba al Gobierno.

Autoritario Montt, por carácter y por sistema, creía que sólo con la fuerza y el respeto a la autoridad podía mantenerse el orden, y suponía, desgraciadamente perturbado de esta manera, que se le hostilizaba, no por odio a un sistema político, sino por odio a su persona o por otro móvil tan reprehensible como éste.

Vuelta a sus hogares mucha gente de la que andaba desterrada o escondida, no tenía seguridad alguna de la tranquilidad de su sueño, porque los procesos estaban suspendidos, pero no

(1) Fragmento de una carta de don Domingo Santa María a don Isidoro Errázuriz, de 18 de Enero de 1878.

terminados, y si algunos de ellos lo estaban, la sentencia condenatoria no se ejecutaba por la magnanimidad del Gobierno.

La paz de que gozaba el país no reposaba en la satisfacción común, en la seguridad individual, en la confianza de estar cada cual amparado por la majestad de la ley. La voluntad del Presidente era la ley soberana.

En medio de esta falsa situación, los hombres del partido liberal se entregaron al trabajo y al estudio, sin deponer sus convicciones, ni su dignidad personal.

Montt no abusó tampoco de un modo torpe del poder de que estaba investido, y procuró hacer olvidar al país el régimen irregular a que estaba sometido, impulsando las obras públicas y alentando el desarrollo de todos los intereses industriales.

Así las cosas y manteniéndose siempre vivo un sordo descontento, se leyó en el Senado (no recuerdo el año) y fué aprobado por él un proyecto de ley de amistad presentado por don Juan de Dios Correa. Este proyecto produjo el estampido de la caída de un rayo.

Todos se interrogaban sobre el origen de aquel proyecto, asegurando algunos que era obra de don José Pardo, yerno de Correa, y otros insinuación mía o de otras personas que, como yo, mantenían relaciones con Correa.

El Gobierno no atinó a darse cuenta de lo que pasaba. No podía consentir en que aquel audaz reto partiese de las filas de sus amigos, de los mismos que le habían prestado apoyo en sus tribulaciones pasadas, y a quienes, en premio, se les había dado una silla senatorial. Suponía que el proyecto era una calificación de sus adversarios, que se habían impuesto en el corazón de Correa, explotando la generosidad de sus sentimientos.

Mientras tanto, no ocurría nada de eso. Natural era lo que pasaba, por más que el Gobierno, soberbio con su triunfo y con el poder, y con la pacífica actitud de sus adversarios, se imaginase que se obedecía a planes hostiles y preconcebidos.

El Gobierno no advertía que había millares de familias descontentas; que el régimen arbitrario, por parco que fuese el uso que se hiciese de él, no podía aquietar los espíritus; y que la situación de muchos hombres era precaria, incierta, desde que podían ser arrastrados a una prisión mediante una falsa declaración, aconsejada por la odiosidad personal u otro motivo menos elevado.

Esto que no veía el Gobierno fué causa de la ley de amnistía. Correa, alma blanda; a cuyos oídos llegaban todos los días las quejas de los unos y las desconfianzas de los otros, tenía una estrechísima amistad con don Antonio Toro, caballero honrado, sereno, inteligente, pero retraído y modesto. Según Toro, era menester poner término a las angustias domésticas y volver el país a su régimen regular, para lo cual, si no se compelia al Gobierno, éste nada haría de por sí. Inspiró entonces a Correa y trabajó el proyecto de amnistía que éste presentó al Senado, y que el Senado acogió sin trepidación alguna, como la más elocuente manifestación de la ansiedad pública.

Montt, altivo con su omnipotencia, se irritó contra sus amigos y procuró hacerles volver atrás o vencerlos, y cuando se le insinuó que, así combatidos, podían unirse a los liberales, contestó lo que me ha referido Rafael Sotomayor: «el día que los pelucones oigan rodar un cajón por las calles de Santiago y crean que es revolución, corren presurosos a asirse de los faldones de mi frac».

Los sucesos posteriores desengañaron a Montt y le probaron que la soberbia no es buena consejera de los gobernantes.

A la noticia de la presentación de la ley de amnistía, los liberales volvieron como de su sopor, pues todos vivían consagrados al trabajo y ajenos al movimiento político que se operaba.

En un principio nos pusimos en expectativa creyendo que Montt, por ciego y rencoroso que fuese, modificaría su política y haría una evolución en favor de una marcha más blanda, ya que los pelucones, a quienes él acusaba de todas las medidas de extremo rigor, le ofrecían la más brillante ocasión para ello. No podía ocultársele que su resistencia para aceptar la amnistía nos obligaría nuevamente a combatir, puesto que vivíamos en la patria sin el favor de la ley y sin el favor del Gobierno, y amenazados con sentencias que si no se ejecutaban, era sólo por la magnanimidad del Presidente. El procedimiento judicial, cuyos resortes conocía, había sido un arma poderosa en manos de Montt; y a la vez que procuraba legalizar todo para desterrar en apariencia el régimen arbitrario, hacía consentir que, no obstante el rigor de los fallos judiciales, él disimulaba

su ejecución o los rebajaba por un indulto. Política absurda que, en último término, dió por fruto el desprestigio del poder judicial, que el país miró, no como seguro amparo, sino como cómplice obligado de los desmanes gubernativos.

En esos días nos reuníamos en casa y acordamos ponernos en campaña, si en definitiva la amnistía era rechazada. Aceptábamos el reto que se nos dirigía.

Desde luego Errázuriz (Federico) y yo salimos a buscar dinero, y reunimos entre pocos, porque pocos eran también los que podían dar, \$ 8,000, con los cuales don Victorino Lastarria, compró en Valparaíso una imprenta, que debería servirnos para la publicación de un diario. Lastarria y yo aparecíamos, si no recuerdo mal, porque los documentos los conservo entre mis papeles, como los dueños de dicha imprenta.

Cuando andábamos en estas agencias, Juan Estéban Rodríguez, partidario del Gobierno, amigo mío y enemigo de los pelucones, se me presentó en casa y me preguntó.

—¿Qué piensan Uds. hacer?

—Combatir al Gobierno ya que así lo quiere. Pretende Montt mantener el país en una situación extravagante y tenernos condenados a no pisar el hogar con pie seguro.

—No se precipiten. Esperen tres días y verán Uds. un cambio inesperado. No obliguen Uds. al Gobierno, con una actitud hostil, a tomar caminos opuestos a los que su conveniencia les señala. Es mucho tener plausible motivo para arrojar de los pies los grillos que hasta ahora lo han embarazado.

—No te equivoques. Las aspiraciones tuyas y de muchos otros como tú son tristes ilusiones, que jamás verán Uds. realizadas. Cierto, ciertísimo que es claro el partido que Montt debe abrazar; pero lo rehusará siempre, y a despecho de todas las insinuaciones de Uds., ya porque su corazón le opondría resistencia, ya porque es más pelucón que todos los pelucones; y Montt tiene instintiva resistencia, natural distancia al partido liberal.

Como Rodríguez insistiese con porfiada tenacidad llegué a creer que me hablaba con alguna autoridad y se suspendieron las diligencias en que estábamos empeñados. Seis u ocho días después se realizaba cuanto había dicho Rodríguez. Montt rechazaba enfadado y desdeñoso la amnistía y combatía a sus